

MARÍA ELENA ODDONE:

CONVERSACIONES CON UNA FEMINISTA HISTÓRICA¹

Emmanuel Theumer*

Entrevistar a María Elena Oddone es encontrarse con una figura viviente del feminismo histórico de Argentina. Desde Buenos Aires, Oddone fundó en 1972 el Movimiento de Liberación Femenina, una de las primeras organizaciones feministas de la región que impulsó los llamados “grupos de concienciación” entre mujeres y activó un discurso crítico a través de la revista *Persona*, cuya continuidad seguirá a inicios de los años ochenta. En una frontera tensionante para izquierdas y derechas, su organización feminista mantuvo vínculos con el Frente de Liberación Homosexual y el Grupo Política Sexual. Oddone participó de múltiples protestas feministas, comenzando por la activación crítica de las oprimidas y levantando banderas contra el patriarcado, el derecho a la patria potestad, el aborto, el divorcio y también denunciando la impunidad de la violencia contra las mujeres y múltiples formas de discriminación. Difundió el feminismo a través de la prensa en periódicos como *Claudia*, *La Opinión* y *La Nación*, así como en diferentes radios y programas televisivos. Durante la transición democrática, Oddone fundó Organización Feminista Argentina (OFA) y el Tribunal de Violencia contra la Mujer. Pero las trayectorias militantes nunca son lineales ni acumulativas. A lo largo de los años, la feminista consagrada en una monumental fotografía en las escalinatas del Congreso irá reorientando sus posturas y tomando distancia de las feministas de su contexto. En 2001 publicó su autobiografía, “La pasión por la libertad: memoria de una feminista”. Tras décadas de silencio, comparte en esta entrevista algunos fragmentos de su itinerario por el feminismo.

1

* Universidad Nacional del Litoral (UNL)- Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET); etheumer@unl.edu.ar

¹ Este texto constituye un fragmento de conversaciones mantenidas con María Elena Oddone entre junio y septiembre de 2017 en Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Gracias a Juan Pablo Queiroz por su acompañamiento en todo el proceso.

María Elena, fuiste impulsora de uno de los primeros grupos feministas de la Argentina reciente, el Movimiento de Liberación Femenina (MLF, 1972). ¿Cómo surgió esta iniciativa?

Los varones han tenido poder en el mundo desde que el mundo existe, nosotras nos hemos estado ocupando de la reproducción de la especie y eso lleva tiempo. Y para poder recrear el mundo, como dice Simone de Beauvoir, hay que estar muy afirmado en él.

Yo he vivido en el primer mundo, en Canadá y en la mejor década del siglo XX, la de los sesenta, con movimientos negros por sus derechos, hippies en contra de la guerra de Vietnam y de las mujeres. A mis 90 años tengo suficiente edad para poder hacer comparaciones, me actualizo, me han traído libros para seguir actualizándome, sé lo que te digo. Cuando llego con esas ideas lo que hago es ponerlas acá, traje al feminismo.

Todo comenzó a raíz de un anuncio. Al periodista le autoricé a poner mi nombre y teléfono en un anuncio. Yo pensaba hacer el movimiento feminista, pero más adelante, poco a poco, con mis amigas. Pero a la semana sale una foto de sufragistas inglesas de aquella época y abajo sale mi texto, con un anuncio invitando a reunirnos. Era una revista muy difundida; tuvo mucho éxito porque era la revista de mujeres más importante del momento.

En la puerta de mi casa empezaron a llamar, “venimos por el feminismo”, me decían. Era darme por bandeja lo que yo pensaba hacer con el tiempo. Las hacía entrar. Entonces tuve que armar grupos, tenía una casa grande. Mi marido se enteró y me dijo: “feminismo o yo”. Para qué me lo preguntó. Dije feminismo.

Por la difusión del artículo, me llamaron de radio, televisión, periodistas. Tuve coraje de hacer lo que hice porque tenía todo, todo, en contra. Tenía mucho trabajo porque me invitaban mucho a televisión. Esto me dio una popularidad enorme. Las mujeres eran muy tímidas y yo era muy caradura. No tengo miedo, si estoy segura de lo que pienso y quiero hacer, no me detiene nadie. Formé tres grupos en mi casa, antes de tener la oficina. Yo entiendo al feminismo como hacer cosas, modificar la realidad. Muchas mujeres no. No porque me puede mi familia. No porque me puede ver el jefe de oficina. No porque esto no, por esto otro. Así no se puede hacer una guerra. Para hacer una guerra hay que tener coraje. Y modificar las cosas. He conseguido cosas. Salvo las de mis grupos, casi todas eran de izquierda. Yo no tenía nada que ver con la izquierda. Había tenido una mala experiencia en La Boca.

A partir de ahí comenzaron a venir mujeres de todos lados y me enteré que existía otro grupo, que yo no conocía, pero que no tenía trascendencia pública sino que era un grupo de estudios, la Unión Feminista Argentina (UFA). Toda mujer adulta tiene una experiencia con respecto a los hombres, no necesita leer, es la experiencia de vida. Esto, más lo que había leído [organicé el Movimiento de Liberación Femenina]. Me criticaron porque yo salía en televisión, en radio. El feminismo argentino era muy tímido, muy miedoso, muy del qué dirán. En el año '84 salimos a la calle y yo llevé una pancarta que fue un escándalo. Y entonces mis compañeras me dijeron que me fuera porque tenía “mala prensa”. Éstos son los códigos de antes, de que las mujeres tenemos que agradar. ¿Por qué tenemos que agradar? Yo pongo “no a la maternidad, sí al placer”. No puse “sexo” porque identifiqué “sexo” con “placer”. Cuando tuve la demanda de divorcio de mi marido, los jueces de la cámara pusieron cómo denostaba la maternidad en nombre del placer. En la sentencia del divorcio se habla de mí solamente, buscaron mi pasado

como feminista [para justificarlo]. En el futuro me interesa que la gente vea cómo era la Argentina en ese momento, esto no sucedió hace 500 años, es reciente.

Además, estuviste vinculada al Grupo Política Sexual, conocido por su manifiesto “La moral sexual en la Argentina”, ¿Qué recordás al respecto?

Los grupos homosexuales eran muy castigados, eran golpeados. Los llevaba la policía, era terrible. Yo tenía una oficina donde saqué mi revista feminista Persona. Sabía lo que le pasaba a los homosexuales y les dije “acá se pueden reunir, persiana baja después de las 22 hs.” Y ahí nació el grupo Política Sexual, con feministas y muchachos homosexuales [del Frente de Liberación Homosexual]. Néstor Perlongher apareció un día en la oficina y nos hicimos muy amigos. Había varios textos de influencia, [Wilhelm] Reich era uno.

¿Cuál es tu opinión del aborto?

Era una de las cosas que el feminismo tomó como primera causa. Hasta que un día fui a un “abortadero” a acompañar a una mujer. Ahí me di cuenta de lo que era eso. Me impresionó y dije: “esto no puede ser”. La puerta decía “partera”. Descubrí las relaciones de poder, ¿quiénes mandan?: los hombres. Yo, para hablar de feminismo primero tuve que sacarme a quien me marcaba el paso. Antes no se mataba a las mujeres como ahora. Ahora discuten, dicen lo que tienen ganas. Los hombres no han cambiado, no aceptan que una mujer diga: “no quiero saber nada con vos”. El hombre está atrasado, las mujeres no, pero a cambio de desobedecer.

Estoy de acuerdo que se respete, sobre todo, la Ley de aborto no punible. Me interesa mucho la prevención, los métodos anticonceptivos.

3

Leyendo algunos archivos me encontré con que tu organización fue más receptiva a tocar la cuestión de la prostitución desde el feminismo...

Yo conocí y apoyé a [la activista prostituta] Ruth Mary Kelly pero no estoy a favor de la prostitución. Creo que le da poder al hombre, lo contrario a lo que estamos diciendo las feministas. Limitar el poder, pero no por plata. Si las amas de casa recibimos insultos, cómo no lo van a recibir quienes venden su cuerpo.

A Ruth la conocí por sus escándalos. Ella se hizo muy amiga conmigo porque el día en que me tocó el timbre me dijo: “soy prostituta” y le dije: “bueno, pase señora”. Me pareció lo más lógico. La habían echado de la Unión Feminista Argentina. Se me hizo inseparable, todos los días la teníamos acá. Todos los demás grupos la rechazaron, salvo el Movimiento de Liberación Femenina. No tenía maldad para nada, incluso para quienes la rechazaban.

Me gustaría saber un poco más de este vínculo problemático con el ala izquierda de los setenta...

Conocí a una socialista, éramos amigas, estaba en mi grupo al principio. Ella me dice: “te voy a llevar a una reunión política”. Y era una reunión del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Un día vamos, eran las diez de la noche, en la Sociedad de Fomento de la Boca. Tocamos timbre y sale un muchacho. Me hacen

entrar. Todos muchachos hasta que entra una mujer, amiga de mi amiga. La reunión era para ver videos sobre Cuba. Luego nos fuimos a comer algo y esta mujer me pregunta: “¿qué es el feminismo?”. Era una mujer que no se sabía que era feminista pero ayudaba a las mujeres del barrio. A mí me interesaba lo que ella hacía, su feminismo práctico. Cuando comenzamos a hacer actividades en La Boca estos muchachos lo impidieron, lo frenaron. Las mujeres lavaban los piletones, las mujeres morían por abortos [clandestinos]. Ahí me di cuenta que el feminismo que hacíamos era bastante teórico. No teníamos aplicación directa.

Alquilamos una casa larga, chorizo, las primeras dos piezas eran para el feminismo. Ahí hacíamos reuniones con mis compañeras. El resto de la casa era para su familia.

Un día abro una puerta que estaba al fondo y veo las banderas del ERP. Le dije que las saque que yo no tenía nada que ver con la política, con la izquierda.

Tras dos meses de actividad, empezaron a visitarnos los chicos del ERP. No estábamos haciendo trabajo revolucionario, nos decían. Un día yo la apreté, acá tenemos que tomar una resolución. Las mujeres están encantadas. Me habían dado máquinas de tejer y una mujer les enseñaba a las mujeres. Fue una obra muy linda que el ERP nos estropeó. Al ver que yo estaba muy dura, las discusiones eran conmigo.

Ellos tenían un instructor en un campito que les enseñaba a tirar. Querían la revolución.

Los hombres de las mujeres prohibieron ir a nuestra casa, porque en ellas había muchos varones del ERP metidos todo el día. Estábamos trabajando para hacer una guardería, algunas eran prostitutas. [Los varones del ERP que venían a nuestra casita] nos decían que estaban haciendo una revolución. Yo recuerdo que [a uno] le pregunté por qué venía él y no su mujer. “Tenemos cinco chicos”, me dijo. Entonces la revolución no es para ella, es para vos.

Tras esta experiencia volví a mi oficina. Nos despedimos con mi amiga de La Boca con mucho dolor. Había fracasado una obra preciosa. Vuelvo acá, llega Perón y tengo otro problema, la Triple A. Me hablaban por teléfono, me dijeron que dejáramos el feminismo porque nos iba a costar caro. Cómo no le daba bolilla, empezaron a amenazar con una bomba en el edificio.

Por un lado, la izquierda me estropeó lo de La Boca. Por otro lado, la derecha me amenazaba con una bomba.

Tras la vuelta a la democracia, ¿qué estrategias se abrieron para la patria potestad compartida y la lucha por el derecho al divorcio?

Nos unimos tres grupos, Unión de Mujeres , ATEM y nosotras, MLF que pasamos a llamarnos Organización Feminista Argentina (OFA).

Recién terminaba la dictadura y la gente estaba ávida de salir. Una abogada nos ofreció su estudio para que las mujeres pudieran ir a firmar el apoyo porque todavía estaba la presión de militares, no era tan fácil sacar una mesita afuera. Conseguimos la patria potestad pero no era la que queríamos. Porque nosotras decíamos que quien mantuviera a los hijos tenía que tener derechos y no que, cuando desaparecía el hombre, la mujer tenga que recurrir a un juez. Que la mujer asuma la responsabilidad. María Florentina [Gómez Miranda] me decía que yo no quería a los hombres, que quería borrarlos. Yo decía que son ellos los que se borran.

Con María Luisa Bemberg, fundadora de UFA, tuve diferencias con su film “Señora de nadie” (1982). Yo era una mujer de nadie y sentía que esa película era mi historia, pero contada como un cuento de hadas. Escribí al respecto, se enojó y nos encontramos, saldamos diferencias. Yo quería remarcar que la vida de una mujer de nadie es muy dura. Al divorcio lo tomaron más las de ATEM, pero estaba de acuerdo con ellas.

Como yo escribía muchas cartas a La Nación los directores de los diarios me escribían para una columna, me ofrecían periodistas [como el semanario El Informador Público]. Yo escribía lo que las mujeres venían a contarme, cómo les pegaban, cómo las discriminaban. Yo no escribía sus nombres, pero sí los de los jueces. Las acompañaba al juzgado para explicarle el expediente. Una vez, pedí una audiencia que tuvo como resultado una circular demandando que las comisarías tomen las denuncias de las mujeres. En La Plata hice algo parecido.

¡Cómo me criticaron cuando presenté la revista Persona en el [Hotel] Alvear!. Fue allí, si mal no recuerdo, que Néstor Perlongher me entrevistó para la revista Alfonsina.

Ahora mismo, el movimiento Ni Una Menos abrió una nueva etapa para la concientización pública de la violencia de género y los femicidios. Creo que tuviste una experiencia pionera con el Tribunal de Violencia contra la Mujer que, hacia mediados de los ochentas, ya hablaba de femicidios.

Estábamos haciendo la campaña de patria potestad compartida en la calle (antes de la dictadura, las mujeres habían hecho una ley de patria potestad e Isabel [Martínez] la vetó) y vimos que una chica se había tirado de un balcón para evitar ser violada. Acudimos a su familia, fui al hospital, no la pude ver. Pudo contar lo que le había pasado a sus padres, a las enfermeras. El tipo se le apareció desnudo. La chica fue a la ventana y dijo: “me voy a tirar” y se tiró de un tercer piso. Ese tipo de asesinato se llama preterintencional. Yo tengo cinco procesos, tres condenas, por ser feminista. El tipo salió sobreseído. A mí se me ocurre hacer el Tribunal de Violencia contra la Mujer porque en Bélgica las feministas habían hecho el Tribunal de Crímenes contra la Mujer, impulsado por Simone de Beauvoir. Yo dije: “acá no pongamos crímenes, pongamos violencia que engendra todo”. La chica murió a los siete días. Ese día hicimos una manifestación con Ilse Fuskova, vestidas de negro. Hace treinta años salíamos todas vestidas de negro y con una corona desde Tribunales, nadie nos daba pelota. Hoy el escenario es increíble.

¿Por qué te procesaban por tu feminismo?

Yo sacaba en el diario el nombre de los jueces y, además, en la noche, pegamos alrededor de tribunales sus nombres. Entonces me hicieron juicios por desacato. Antes de sacar un artículo, yo leía el sumario. El caso de Carlos Monzón me ligó una condena a mí. Cuatro meses antes de que asesinara a Alicia Muñiz, le pegó a ella y a su madre. Un día me enteré de esto y pude leer el sumario y lo publiqué. El juez me hizo una demanda y eso fue a parar a una jueza que era feminista y le gustaba lo que yo hacía y se declaró incompetente. Me dijeron que escriba lo que quiera pero no los nombres de los jueces. “¿Me están pidiendo impunidad?”, les dije. La cuestión es que me condenaron. Esto me demostró que a las mujeres nos falta mucho, tener más coraje. Cuando estamos en una lucha que lleva siglos y siglos como el patriarcado hay que ir en

contra, tenemos que lucharlo. Por ejemplo, todas me mandaban cartitas de solidaridad, pero eso no bastaba.

Cuando pasó lo de la chica que se tiró del balcón [y nos manifestamos], el acusado me demandó. El tipo que me hace la demanda me dijo que retiraba la misma si me retractaba. Yo lo acusaba de violador y asesino. Para algunas compañeras feministas no era ni violador, ni asesino. Faltaba mejorar la legislación. Esto marcó un quiebre en el Tribunal de Violencia contra la Mujer.

Desde el feminismo que proyectabas es sabido que tuviste un desencuentro con Madres de Plaza de Mayo

Cuando las Madres estaban en el apogeo, en la época de Alfonsín, todas iban a sus marchas y nos quedábamos solas en la lucha por la patria potestad compartida.

Después de la dictadura nos reunimos los grupos que quedábamos, éramos muy pocas. Lo primero que decidimos hacer, era revisar la patria potestad. La mayoría de los grupos eran de izquierda (UFA se vio disuelta cuando ingresaron integrantes de izquierda al grupo).

Un día en Lugar de Mujer propusieron mandar un telegrama a las Madres que iban a marchar del Congreso a Plaza de Mayo. Yo propuse mandar un telegrama a las madres de muertos por la subversión. Me echaron.

Siempre quise separar la política del feminismo. Para mí, el feminismo era para todas las mujeres. Pensando en madres que habían perdido a sus hijos, el dolor es el mismo. Yo pensaba así cómo feminista, viendo una madre que había perdido al hijo.

Además, las Madres [de Plaza de Mayo] hacían su bandera siendo madres y nosotras las feministas atacábamos la maternidad.

¿Cómo es que pensabas esta diferencia del feminismo de la política más tradicional?

[Esto me recuerda] cuando vino Linda Jenness, la candidata a presidenta del socialismo en Estados Unidos, a inicios de los setenta . Una cosa es una lucha por el poder político y otra lo es por el mejoramiento de la vida de las mujeres. El feminismo no puede poner a las mujeres como enemigas, luchamos por todas. También concluí lo mismo cuando fui a escuchar a Isabel Larguía en una conferencia que dio acá en Buenos Aires . Cuando la escuché había hablado de la revolución cubana, yo no la escuché nunca hablar del feminismo.

¿Qué recordás de ese episodio que mencionas al principio, del 8 de marzo de 1984 en el que se difundió una fotografía que me parece que oficia como retrato del feminismo histórico?

En la época de los ochenta salían muchas revistas eróticas. Yo compraba el diario y el diariero me dice que estaba en una revista erótica. Decía: “¿Feminismo o lesbianismo?” y abajo estaba la foto mía subiendo las escaleras del Congreso.

[Para ese 8 de marzo] me invitaron a la Comisión pero criticaban mi liderazgo, pensaban que era masculino y referían a que seamos horizontales. Habíamos acordado que nadie iba a hablar. Yo entendía que alguien tenía que hablar, decir por qué estábamos ahí. Yo estaba invitada pero no era de la comisión directiva. Ese 8 de

marzo las mujeres me invitaron a decir por qué estábamos reunidas y [desde la comisión] me dijeron que no hable. Subí, pero no pude hablar. No me escupieron, no sé cómo, porque al otro día en casi todos los diarios estaba yo.

Otro tema, quedar bien, agradar, ¿es lo más femenino que hay!, lo que nos han enseñado a las mujeres siempre. No podés ser simpática siempre. Les dije: “voy a esperar a tener la edad de la señora [Alicia Moreau de] Justo”. Un mes después vino una feminista española muy reconocida, no recuerdo el nombre, que remarcaba que salían con pancartas provocadoras para hacer pensar a la gente. Yo las miraba a mis compañeras.

En La Nación salió el otro día un especial por el día de la madre y recordé que una vez salí con una pancarta que decía: “Hay que dejar de parir para ser personas”. Fui muy criticada. Te puedo decir que todavía el feminismo no ha comenzado.



